

Una vieja amiga

Karina G.

Image not found.

Capítulo 1

Una vieja amiga.

Conozco a Onoria desde que yo tenía once años y ella, diez. Mi familia se mudó a una nueva casa y ella vivía en la casa de al lado. Siempre fui tímida, pero apenas nos conocimos nos hicimos inseparables. Como su hermano mayor tenía quince años y siempre estaba rodeado de amigos, nos reuníamos en su casa para estar cerca de los chicos. Yo no tenía amigos. Mis amigos eran los de ella que, a su vez, eran los de su hermano mayor.

Cuando cumplió quince años, a Onoria le hicieron una gran fiesta en un club, con vestidos de gala y una corte de 12 parejas. Yo fui miembro de su corte y bailé el vals. Ella lo bailó con su novio, aunque nadie, ni sus padres, lo sabía, salvo yo, que nunca había tenido novio.

Yo había querido una fiesta así para mis quince, pero a mis padres no les gustaban las fiestas. Invitaron a toda la familia a un almuerzo, y a Onoria, mi única amiga, y eso fue todo.

Cuando entró a la universidad, sus papás le compraron un carro. No recuerdo la marca y tampoco entendía mucho de carros en esa época, ni en esta, a decir verdad. Pero recuerdo que era un automóvil plateado que a mí me parecía lo más bonito y elegante que pudiera existir.

Yo ya llevaba un año de ventaja en la facultad de derecho, pero yo llegaba en bus y ella llegaba en su carro color plateado.

Seguíamos siendo amigas, pero estábamos en distintos semestres, con diferentes amigos. Nuestras vidas, así como nuestros intereses, empezaron a dejar de parecerse, y poco a poco, nos fuimos distanciando.

Un par de años después de terminar la facultad, mi familia decidió mudarse. Yo todavía vivía con mis padres, pero ya había conseguido un empleo estable. Nos mudamos a otra zona en la misma ciudad. No era demasiado lejos, pero Onoria y yo ya no nos veíamos.

Sin embargo, llegado el momento, me invitó a su boda. Yo seguía soltera y tampoco tenía novio, así que tuve que ir sola a la fiesta.

Después de eso, la distancia creció aún más. Yo encontré trabajo en otra ciudad. Seguí teniendo noticias de ella por conocidos comunes. Supe que

había tenido dos hijos y que todo iba bien en su vida.

Hoy me sorprende responder el teléfono y darme cuenta de que es ella.

Me dice que está en la ciudad por unos días y quiere aprovechar para verme y ponernos al día. De pronto me siento nerviosa. Tengo un trabajo que me da para vivir. Ya tengo casi 40 años y sigo siendo soltera y solitaria. Sé que en los tiempos que corren, la soltería es una decisión. Pero, en el fondo, sé que ese es no es mi caso. Yo quería casarme y tener una familia, pero en cambio, estoy sola y me siento sola. Y eso me avergüenza.

Quedamos en comer juntas. Cuando la veo, creo que hay algo diferente en ella, pero, de todos modos, pienso que luce bien. Su esposo, me cuenta, acaba de ser nombrado en un importante cargo público y ella es directora legal de una empresa que se está expandiendo. Sus dos hijos ya están en la escuela.

Mientras sigue hablando, estoy imaginando que su vida es perfecta y temiendo el momento en que me pregunte por qué no me he casado. Estoy lista para soltar lo de "estoy bien así" y "he decidido disfrutar mi soltería un poco más", cuando caigo en cuenta de su nariz.

En primer lugar, no es la que recuerdo. Su nariz siempre fue chata, como aplastada. Ahora me parece que es respingada. Muchas veces se quejó de su nariz y juró que se haría cirugía plástica a la primera oportunidad. Pero no sabía que de verdad se la había hecho.

Lo segundo que noto es que está torcida. Y apenas noto eso, ya no puedo concentrarme en lo que dice. Ella sigue hablando y yo no puedo dejar de mirar su nariz torcida. Al principio no estaba segura. Es una desviación ligera, no demasiado evidente. Pero está allí. La punta está doblada hacia la izquierda (mi izquierda, su derecha). Cuanto más permanezco frente a ella mirándola, más lo noto y menos puedo dejar de notarlo.

Escucho algo sobre una nueva casa y una nueva camioneta de lujo que acaban de comprar. Asiento con la cabeza y pienso que su nariz está torcida. Casi lo digo en voz alta. A punto estoy de preguntarle "¿has notado que tienes la nariz torcida?".

Terminamos de comer, hablamos un rato más y luego nos despedimos con un abrazo. Prometemos que seguiremos en contacto, que nos llamaremos y hablaremos y nos reuniremos más a menudo. No lo haremos. Probablemente, nos veremos otra vez en unos diez años.

Mientras camino a casa, vuelvo a ver en mi mente la nariz torcida de Onoria. Me río y me siento cada vez mejor.